

**A::L::G::D::G::A::D::U::**

**Resp:: Log:: Simb:: Leonardo da Vinci 87 – N° 109**

**Al Or:: del Valle de Méx::, a 13 de Marzo de 2012 E::V::**

V::M::: Eduardo Pérez Lopez

P::V::: Guillermo Noguera Guarneros

S::V::: Cesar Reyes Lopez

QQ::HH::: Todos

S::F::U::

**Trabajo en Grad::A::M::: Presentado Por Adrian Marcelo Sekkel Glücksmann**

**\* Información y fuente para este trabajo: La Cosmogonía Masónica. Por Siete Maestros Masones.**

**ALGUNOS ASPECTOS GENERALES DE NUESTROS SIMBOLOS Y DEL NÚMERO CUATRO**

Cuando nos referimos al lenguaje simbólico, observamos cómo todo lo que se manifiesta en la creación es el símbolo de un ser invisible que en ella se expresa; o sea, que cada uno de los seres existentes obedece a algún arquetipo, es decir, a una "idea" (en el sentido platónico del término), de la que el ser manifestado es sólo un reflejo ilusorio. A su vez, podemos ver cómo esos arquetipos, emanados del Ser primordial, son los atributos del Gran Arquitecto, que produce el universo como una exhalación de su gracia, imponiendo simultáneamente en forma rigurosa los límites necesarios a la creación, para aspirar nuevamente todas las cosas manifestadas hacia sí.

Se nos dice que el templo masónico, lo mismo que el hombre, es un modelo del cosmos. Por lo tanto, hay una clara relación simbólica hombre-templo-universo; y por eso que construyendo nuestro templo interno colaboramos en la obra de la creación del templo universal, sumándonos de esta manera a la Gran Obra o Arte Real, enseñado y transmitido desde el origen de los tiempos, por hierofantes, constructores y alquimistas, de los que somos herederos.

El hombre fue creado para coronar la obra de la Creación. Cuando logra, mediante el arte supremo de conocerse a sí mismo, descubrir su esencia íntima, es decir, el centro de su ser, logra el Conocimiento y la identidad con la causa primera.

En nuestra Orden se nos enseña a construir. Todos nuestros instrumentos de trabajo están relacionados con este arte. El arte de la construcción no es un fin en sí mismo, sino un medio de alcanzar nuestra suprema meta. La Palabra perdida, impronunciable, es el secreto inviolable que nuestra Orden guarda celosamente; es el misterio inefable, objeto eterno de la búsqueda del hombre, que permanecerá siempre oculto en la profundidad de su esencia misteriosa. Nuestra labor no es la de descubrir el misterio, incognoscible por su propia naturaleza. Nuestra tarea es la de guardar ese secreto misterioso, que es el espíritu mismo de la Masonería oculto en el Ara de nuestro templo y en el corazón de nuestro ser. Esta idea nos despierta la búsqueda de lo milagroso y nos hace recuperar el sentido mágico de la vida, mediante el reconocimiento de que guardamos y transmitimos ese secreto misterioso. Esa custodia y transmisión es la razón de ser de la iniciación en los misterios, que comenzamos a recibir en el interior de la caverna y que debemos profundizar a medida que avanzamos por nuestro camino, construyendo nuestro templo (un cosmos, un orden), que nos permitirá salir finalmente de él rumbo al Eterno Oriente.

Para tener una noción más clara de lo que fue nuestra Orden en la antigüedad, y de los misterios que ésta guarda y conserva, tendríamos que atenernos al punto de vista sagrado, esotérico, iniciático y tradicional, que es, como lo apuntamos en otro trabajo, el que nos proponemos seguir en forma exclusiva. Esto implica que no procuraremos de ninguna manera expresar puntos de vista personales, sino que, por el contrario, trataremos de repetir, con nuestra forma particular, ideas tradicionales, universales y eternas. Este tipo de ideas, según o que heredamos de los griegos, se transmite a través de las ciencias esotéricas y particularmente de las cuatro principales ciencias numéricas: la aritmética, la geometría la música y la astrología, temas de estudio y meditación que, como sabemos, son habituales en todas las logias del mundo.

En los últimos trabajos, hicimos énfasis en el sentido cualitativo y esotérico de los números y vimos algunos aspectos simbólicos de los tres primeros, que constituyen la Gran Tríada, la Trinidad Suprema, símbolo de lo inmanifestado.

Decíamos que la unidad es indimensionada, como el punto geométrico su equivalente. Este no tiene alto, ni ancho, ni largo; es lo más pequeño, pero a su vez lo más grande de todo; se encuentra en todas partes y en

ninguna. Observábamos cómo esta unidad se polariza produciendo al número dos, la línea recta, la primera dimensión, simbolizada por nuestra regla de 24 pulgadas, y cómo en el tres y en la figura geométrica del triángulo se producen ya las dos primeras dimensiones (base y altura). Pero se dice que los hombres somos seres tridimensionales, pues percibimos el mundo en tres dimensiones. En nuestro simbolismo, este pasaje del mundo de dos dimensiones al de tres (es decir, del número tres al cuatro), se expresa como el pasaje del plano al volumen, o sea, de la geometría plana a la construcción. No podemos conocer el arte de la construcción si no conocemos el arte de la geometría; no podríamos conocer ésta sin conocer la ciencia de los números; y no podremos realizar nuestro templo sin conocer la armonía que nos enseña la música y la astrología que nos muestra el cosmos. Es por esto que la numerología nos da una base fundamental y un orden, sin el cual no sería posible ningún tipo de construcción ni de comprensión; y las cuatro ciencias aludidas, son un todo, que nos permitirá realizar la armonía en nuestro templo, dentro de nosotros mismos, y eventualmente en el mundo.

Geoméricamente, esta tridimensionalidad se produce mediante la aparición de un punto central en el triángulo.

Es lo que simboliza nuestro triángulo con el ojo en el centro. La unidad se suma así al ternario, produciendo el cuaternario y las tres dimensiones. Esta figura geométrica resultante, el tetraedro regular, es la primera figura volumétrica: una pirámide de cuatro caras, cada una de las cuales está compuesta por un triángulo equilátero, siendo por lo tanto todos sus lados iguales: esto es símbolo, como hemos dicho, de la primera manifestación y también del mundo de la construcción y de la creación. El número cuatro simboliza al cosmos, mientras que los tres primeros son considerados supracósmicos.

Según la Cábala, la primera trinidad es el mundo de lo trascendente, y con el cuatro comienza lo inmanente, los números de construcción cósmica.

El cuatro es la unidad en otro plano. Siguiendo la *Tetraktys* pitagórica, podemos ver cómo:  $4=1+2+3+4=10=1+0=1$ . Es decir, que el número cuatro expresa a la unidad inmanifestada en el mundo de la manifestación; a la vez que este número se encuentra íntimamente unido al denario, que incluye a todos los números naturales.

También se representa al cuatro en la geometría con los símbolos del cuadrado y de la cruz, <sup>1</sup> que fijan los límites en el espacio y el tiempo, como veremos luego. Precisamente, la unión de estos dos conceptos nos ayuda a intuir la presencia de otra dimensión que no perciben nuestros sentidos externos, pero que según la tradición constituye la realidad verdadera.

Este número también está presente en la idea de los cuatro elementos, de los cuatro mundos cabalísticos y de las cuatro partes en que puede ser subdividida toda jerarquía.

1. Ambos constituyen una doble escuadra, y están por supuesto, íntimamente ligados con este simbolismo.

## EL CUATRO, LA ESCUADRA, EL CUADRADO Y LA CRUZ.

Decíamos que el número cuatro corresponde en la geometría del espacio a la pirámide de base triangular (de cuatro caras iguales), y en la geometría plana a las figuras del cuadrado y la cruz. Veíamos en la primera al símbolo de la tridimensionalidad y señalábamos que el ser humano, siendo en su estado ordinario un ser tridimensional, tiene potencialmente, según la tradición, la posibilidad de conocer otras dimensiones, insospechadas para el hombre corriente.

La cuarta dimensión es la unión del tiempo y el espacio. La antigüedad y la tradición conocían la existencia de estos “otros mundos”, más reales que “éste” y coexistentes con él, y sabían de los estados múltiples del ser. Se dice que el hombre puede acceder a estas otras dimensiones, mediante la apertura de la conciencia. Tal el sentido del mito platónico de la caverna en el que se nos hace ver simbólicamente que las cosas que percibimos con nuestros sentidos físicos pudieran ser solo un reflejo ilusorio, como una sombra, de la realidad; y que podría ser posible para el verdadero iniciado “pasar” a otro mundo que sí es verdadero. Como nos relata la tradición hebrea que ocurrió a Enoch y a Elías, que “vieron” y fueron llevados a él sin pasar por la muerte física. Como nos dice la tradición azteca que el hombre atraviesa por el ombligo del sol hacia el mundo de los dioses. Como nos relatan, en fin, los mitos de todos los pueblos y culturas que evocan y recuerdan ese estado primordial que perdió el hombre por la caída y recuperará por la redención, al final del ciclo.

Quizá la idea que más precisamente nos ayuda a unir los conceptos de tiempo y espacio y a percibir esas otras dimensiones, es la de la ley del cuaternario expresada en la figura de la cruz de brazos iguales, símbolo que se encuentra presente de forma unánime en las culturas de todos los tiempos y lugares. En efecto, esta cruz señala las cuatro direcciones del espacio (norte, sur, este y oeste), uniéndolas con las cuatro estaciones del tiempo cíclico. Esta ley determina las cuatro partes en que se subdivide el ciclo de cualquier ser manifestado, que supone un nacimiento, un crecimiento, un apogeo y una decadencia. <sup>1</sup>

Sabido es que todas las criaturas tienen una existencia física y que los ciclos y los seres, grandes y pequeños, se encuentran entrelazados los unos con los otros. El electrón se encuentra contenido en la molécula, ésta en un ser mayor (el hombre por ejemplo), que a su vez se halla en la tierra, la cual pertenece a un sistema solar, que es uno de los innumerables sistemas de una de las incontables galaxias que pueblan el universo. Con respecto al tiempo, observamos segundos, minutos, hora, días, semanas, meses, años, décadas, siglos, milenios, *manvántaras*, *kalpas*.<sup>2</sup>

1. La muerte, que simbólicamente se une al punto de nacimiento, viene a ser la quintaesencia, el punto central de la cruz que también simboliza a la vida y al eterno presente.
2. Según la tradición hindú, un *Kalpa* constituye el ciclo de vida de un universo (cada uno de los cuales podría ser visualizado como un cielo respiratorio de Brahma). El *Kalpa* está constituido por catorce *manvántaras*, y cada *manvántara* un ciclo humano completo de existencia, un “día” de la tierra.

Podríamos reducir estas dimensiones hasta lo infinitamente pequeño, o aumentarlas hacia lo indefinidamente grande; pero en todo caso basta observar las que se encuentran a nuestro alcance para

darnos cuenta de que cada una contiene otras menores, a la vez que se encuentra contenida en otra mayor, siguiendo todas la ley del cuaternario: cuatro partes tiene el día, cuatro fases la luna que regula los meses, cuatro estaciones el año, cuatro períodos la vida del hombre, cuatro *yugas* un *manvántara*.<sup>3</sup>

Al norte, la media noche, la luna nueva, el invierno, el nacimiento y la muerte del día, del año y del hombre (o cualquier ciclo del cosmos, la naturaleza o la historia); al oriente la mañana, el cuarto creciente, la primavera, la infancia, el crecimiento; al sur el mediodía, la luna llena, el verano, la juventud o apogeo; y al occidente la tarde, el cuarto menguante, el otoño, la madurez, el principio de la decadencia que será seguido nuevamente por el norte, la vejez y la muerte, que da inicio a otro ciclo o al nuevo nacimiento, Todo esto nos sugiere la idea de que la cruz puede ser vista realizando un movimiento circular o ROTA, lo cual se represente más claramente en el símbolo de la cruz gamada o *svástika* y particularmente en el de la cruz que se inscribe dentro de la circunferencia. Esta es la unión perfecta de la escuadra y el compás, mediante la cual se realiza la misteriosa cuadratura del círculo o circulatura del cuadrado; la unión entre el cielo y la tierra, el espíritu y la materia, el tiempo y el espacio.

El zodiaco, que también se encuentra dividido en cuatro partes iguales, cuyos extremos señalan a los signos de capricornio y cáncer, de aries y libra (los dos solsticios y los dos equinoccios), fue el símbolo utilizado desde la antigüedad remota para expresar conceptos temporales; veían en él tanto a los ciclos cósmicos como los planetarios, solares (anuales) y diarios. Pero han sido encontradas antiguas representaciones del zodiaco inscrito en un cuadrado, en cuyo caso simboliza ideas espaciales relacionadas con el diseño del Gran Arquitecto y con la Jerusalén Celeste, a cuya imagen fue construido la ciudad de Jerusalén y el Templo de Salomón. Nuestro templo, que debe ser una réplica de aquél, expresa en sus columnas el simbolismo aquí aludido: al norte los aprendices; al sur los compañeros; al oriente los maestros; y al occidente la vida profana y la puerta del templo.

También se relaciona a este número con las cuatro piedras de esquina (corner stones) que no deben ser confundidas con la piedra angular que es única y axial. En el cristianismo se hacen corresponder con los cuatro evangelistas y los cuatro signos zodiacales que se atribuyen a Lucas, Marcos, Juan y Mateo: Tauro, Leo, Escorpio y Actuario; el buey, el león, el águila y el ángel.

La tétrada hermética, compuesta por las cuatro figuras fundamentales (el círculo, la cruz, el triángulo y el cuadrado); la *tetraktys* pitagórica a la que los griegos rendían culto, la búsqueda del *Tetragrammaton* o “Palabra Perdida” (conceptos relacionados con el número cuatro), son temas masónicos que han sido siempre objeto fundamental de estudio en las logias.

Pero quizá el valor simbólico de este número destaca el modo especial en la observación de los cuatro signos de fuego, aire, agua y tierra y las múltiples derivaciones a que dan lugar. Estos cuatro elementos podrían ser inscritos en la cruz y relacionados con la idea cíclica de las cuatro estaciones; con los tres signos zodiacales de cada elemento, o con las cuatro condiciones intermedias a que dan lugar (lo seco, lo húmedo, lo frío y lo caliente). Pero también pueden ser observados desde el punto de vista de la jerarquía de los “mundos” o estados del ser.

3 . Según la misma tradición hindú, un *manvántara* se encuentra dividido en cuatro yugas o subciclos que corresponden de manera exacta a las cuatro edades de los griegos: *Kryta* o *Satya Yuga* o Edad de oro; *Trétá Yuga* o Edad de Plana; *Dvápára Yuga* o Edad de Bronce y *Kaly Yuga* o Edad de Hierro, que es la que vivimos desde hace largo tiempo y que según la tradición está muy próxima a concluir (ver Égloga IV de Virgilio).

El fuego corresponde al espíritu incondicionado, al ser puro e increado, el inimaginable mundo de las emanaciones que la Cábala llama *Olam Ha Atsiluth*, el aire simboliza al mundo de las ideas o de los

arquetipos, al prototípico mundo de la creación, *Olam ha Beriyah*, el agua al alma o psiqué, al mundo de las formaciones, *Olam ha Yetsirah*, a veces llamado plano astral o mundo de las influencias astrales; y la tierra representa el cuerpo, la materia, al mundo de la realidad sensorial llamado *Olam ha Asiyah*. Son las cuatro letras del inexpressable nombre de **YHVH** (o Tetragrammaton); los cuatro palos (bastos, copas, espadas y otros) del “Libro de Toth” o **TAROT (ROTA)**; la jerarquía cuaternaria de los seres (Nombres de Poder, Arcángeles, Ángeles y seres materiales), que signa a la creación entera y a cuya imagen fue creado el hombre, la única criatura que tiene la posibilidad de participar, en forma simultánea y consciente, de los cuatro mundos. A su vez estos cuatro elementos expresan los cuatro estados de la materia (ígneo, líquido, gaseoso y sólido), y se los visualiza como energías “elementales”, simbolizadas por las salamandras, las ondinas, las sílfides y los gnomos; y están ligados a la idea de jerarquía que también observamos en las pirámides divididas en cuatro gradas o grados (profano, aprendiz, compañero y maestro), que también simbolizan las jerarquías sociales como las expresadas en la organización de las castas hindúes (*brahmanes, Kshatriyas, vaishyas y súdras*). Y en el plan ideal *La República* de Platón.

Como podemos ver, el cuaternario tiene variadísimas derivaciones. Aún podríamos agregar algunos comentarios referentes a otras palabras sagradas de cuatro letras, o sobre simbolismos relacionados también con la escuadra, como el de las letras *gamma* y *daleth*, o comparar las distintas clases de cruces de brazos iguales, como la de los templarios, los celtas, los precolombinos, etc., o referirnos al tema de los cuadrados de la logia, o a los números cuadrados o a los cuadrados mágicos; o podríamos en fin, mencionar otros determinados asuntos igualmente relacionados con el número cuatro como el de la doctrina de las cuatro verdades del budismo. Quizá en un futuro tengamos la oportunidad de tratar algunos de ellos; pero hacerlo ahora sería salirse de la idea original de estos trabajos que pretenden ser sintéticos y tratan únicamente de mostrar con algunos ejemplos el tipo de ideas que pueden surgir cuando trascendemos el sentido puramente cuantitativo de los números y los observamos desde el punto de vista cualitativo y tradicional, propio del hermetismo y la simbología esotérica.

Es cuánto.